

¿Identidad gaucha?: Rodríguez o Benjamín Otálora*

Milton Hernán Bentancor**

Resumen

En este artículo deseamos analizar, tomando como referencia los cuentos “Rodríguez”, del uruguayo Francisco “Paco” Espínola y “El muerto”, del argentino Jorge Luis Borges, las características que organizarían la identidad gaucha. El primer paso para llegar a este último concepto será definir que existe una imposibilidad histórica, geográfica y cultural para hablar – aisladamente – de una identidad uruguaya o apenas argentina o que imposibilita dejar de lado a Río Grande do Sul. En esas condiciones, se observa, a través de los rasgos sobresalientes de los personajes centrales de los cuentos mencionados, los elementos básicos de la formación de la identidad gaucha; si es que existe.

Palabras clave

Identidad; región-comarca; literatura hispanoamericana.

Abstract

In this article we want to analyze the characteristics that helped organized the gaucha identity, having the Uruguayan Francisco Paco Espinola's and the Argentine Jorge Luis Borges's short stories – “Rodriguez” and “El muerto” – as a reference. The first step to reach that concept should be to define that there is a historical, geographical and cultural impossibility to speak – isolatedly – of only an Argentinean or Uruguayan identity, and that would make it impossible to leave Rio Grande do Sul behind. Under these conditions, it is possible to observe from the striking features of the main characters in the stories mentioned, which are the basic elements forming the gauchito identity; if there is such an identity.

Keywords

Identity; county-region; Latin American literature.

* Artículo recibido el 30/04/2013 y aceptado en junio de 2012.

** Doctor en Letras (2001) por la Universidad del Salvador. Profesor de español en la Universidad de Caxias do Sul. Docente en el Programa de Maestría en Letras, Cultura y Regionalidad de la UCS.

Conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás. (RAE)

INTENTAR DEFINIR LA IDENTIDAD DE UNA NACIÓN NO ES UNA TAREA SIMPLE. En el caso de la identidad uruguaya es una tarea bastante complicada.

Algunos de los factores que dificultan este proceso son la corta edad de la nación; la mezcla – casi en proporciones idénticas – de pueblos y razas que ocupan su corta geografía; la ausencia de un término que nombre al país, ya que es – apenas – la República (un estilo de gobierno) Oriental (una posición geográfica) del Uruguay (una voz indígena que nominaba al río que nos une-separa de Argentina) y las semejanzas – más o menos evidentes – que se encuentran con los pueblos vecinos.

Para completar el cuadro de complicaciones para la tarea propuesta, tan nacionalista y específica, la historia acerca/aleja, en diferentes ritmos, el destino de los – hoy – dos países que son bañados por el Plata. Hablar, entonces, de la identidad uruguaya sería una pequeña trampa académica. Para ser más justos con la verdad, deberíamos señalar una identidad rioplatense.

La justicia buscada queda nuevamente fuera de foco porque mientras el – en comparación con sus vecinos/hermanos – pequeño territorio uruguayo se lo podría integrar sin dificultades en un espacio rioplatense, sería bastante forzado hacer lo mismo con enormes extensiones territoriales argentinas que ocupan tanto el sur helado, patagónico y enmarcado por montañas, como el norte, profundamente marcado por la cultura indígena incaica, absolutamente ausente en la geografía, en la cultura y en la sociedad uruguaya.

Dicho en otros términos; en la búsqueda de la identidad rioplatense, los rasgos de los individuos y de las colectividades del interior uruguayo que los caracterizan y diferencian frente a los demás, podrían reproducirse muy fácilmente en la región central mesopotámica de Argentina (región en la que incluiríamos a las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba, La Pampa, Corrientes y sectores de Mendoza, Misiones y Chaco), pero sería muy difícil realizar – desde el punto de vista de la cercanía cultural – la misma tarea de inserción con individuos de Jujuy, por ejemplo, y/o colectividades patagónicas, en algún pueblo uruguayo.

Delimitando, entonces, el territorio argentino a la región central, mesopotámica y de suaves cuchillas, bajo la tutela todopoderosa de Buenos Aires, y agregándole la

tierra uruguaya, con Montevideo como epicentro, podríamos hablar de una identidad rioplatense.

Argentina – Buenos Aires – y Uruguay – Montevideo – son ramas de un mismo árbol, aunque a veces cargadas con flores diferentes. En esa línea de razonamiento, el sur de Brasil – genéricamente hablando, Río Grande do Sul – es el siguiente gajo. Las cercanías culturales, lingüísticas y de costumbres son tan evidentes (vestimenta, alimentación, cultura, con el mate y la música como exponentes sobresalientes), que es fácil aceptar la idea de una “región hispana” en Brasil mucho más cercana – no solamente desde el aspecto geográfico – al Río de la Plata que al Amazonas.

Siendo así, ¿podemos hablar de una identidad gaucha? ¿Encontramos las mismas características en todos los distritos de la región-comarca, usando la terminología de Ángel Rama, a lo largo de la historia?

El concepto que el crítico uruguayo acuñó, y que nos ayuda a aclarar – y mucho – esta cuestión es el de “la comarca del pampa”, territorios que comprenden diferentes regiones, que pueden ser partes de países o incluso países enteros, con semejanza de medio físico, producción económica, sistema social, comportamientos, valores, hábitos, productos, etc (RAMA, 2001, p.285).

Una de esas comarcas englobaría, justamente, los territorios a los que nos estamos refiriendo: Uruguay, parte de Argentina y Río Grande do Sul, territorio del que el autor uruguayo comenta: “el estado de Río Grande do Sul, brasileño, muestra vínculos mayores con Uruguay, o la región argentina de las pampas, que con Mato Grosso o el Nordeste de su propio país” (RAMA, 2001, p. 282).

Flavio Aguiar y Sandra Guardini Vasconcelos organizaron el libro *Ángel Rama: Literatura y cultura en América Latina* (2001), en el que reúnen textos diversos del crítico. En la presentación de ese libro, los autores afirman:

[...] para el crítico [Rama], la división de las literaturas latinoamericanas según cada nación es puramente artificial, siguiendo normas geopolíticas importadas o divisiones territoriales pautadas por el interés de las elites conservadoras. Negando esa división, Rama crea el concepto de *comarca*, área en la que hay homogeneidad de elementos naturales, étnicos y culturales que convergen en formas similares de creación artística. Son ejemplos de comarca el Caribe, el área pampeana, que engloba partes de Argentina, de Uruguay y de Brasil, y el área que corresponde al antiguo Tahuantinsuyo de los Incas, superando las fronteras de Perú y de Bolivia (2001, p. 13).

Es fácil notar que lo que nos iguala como gauchos nos diferencia del resto de América. No hay duda que el fenómeno gaucha hay que pensarlo como una forma de ser (ver: OLIVEN, 1999) que va mucho más allá de esa suma de elementos como el

mate, la guitarra, el caballo, el folclore, la vestimenta, las espuelas nos coloca muy cerca unos de los otros, pero nos aleja del resto del continente. ¿Esos elementos son los que nos dan identidad? ¿Esa suma de elementos casi folklóricos es nuestra identidad?

En esta línea de razonamiento, podríamos resumir que esta región-comarca gaucha está conformada por los distritos – sub-regiones internas del territorio – que la historia y la política denominó: Uruguay, región central de Argentina y la mayoría de las micro-regiones del estado brasileño de Río Grande do Sul.

Entre medio de tantas preguntas y campos abiertos aparece cabalgando, en silencio, un gaucho – casi anónimo – ya que el autor – el uruguayo Francisco “Paco” Espínola – quiso llamar Rodríguez, y dijo que era como todos nosotros; como cualquiera de nosotros. Lejos de Martín Fierro, de Santos Vega o de los valentones compadritos que llenan los rincones oscuros de las ciudades literarias del Río de la Plata, Rodríguez llega en silencio, sin la clásica valentía del cuchillo desenvainado, pero con la fuerza de saber que “pescado, por grande que fuera, no tenía peligro para el zainito” (ESPÍNOLA, 1997, p. 163). Además, por las dudas, la mano derecha sabe dónde buscar su revólver. Así, en silencio y sin uso de armas, aunque sabe cómo usarlas, Rodríguez vence.

Él es un gaucho que supera todas las tentaciones y las pruebas propuestas por su enemigo. Un gaucho ganador. Un símbolo de la valentía intrínseca de los habitantes de la región-comarca, aquel que encarna la idea del “centauro de las pampas”. Un excelente ejemplar de los victoriosos personajes que genera nuestra literatura y que – parece – marcan nuestra identidad.

¿Será verdad? La historia de la región-comarca puede señalar algo diferente. Veamos.

Los héroes históricos de los territorios que forman la región-comarca gaucha – con excepción de José de San Martín – fueron muchas más veces derrotados en sus luchas si lo comparamos con las ocasiones en las que salieron victoriosos en sus empresas militares. Artigas, héroe uruguayo, (casi) idolatrado en suelo oriental, solamente ganó la batalla de Las Piedras. Belgrano, héroe argentino, apenas triunfó en las batallas de Tucumán y Salta, fue vencido en las otras que luchó. La reverenciada, por los riograndenses, revolución Farroupilha, fue una derrota militar después de diez largos años. Aceptamos que las victorias y las derrotas militares no son la única base

que se tiene para crear la figura de un héroe, un mito; pero llama la atención esa realidad tan llena de fracasos, que se repite en todo el territorio de la región-comarca.

Visto desde este punto de vista, Rodríguez termina siendo un gaucho victorioso en medio de una historia marcada por derrotas. Un gaucho triunfador rodeado de perdedores. Un ganador que desentona en medio del acorde de vencidos que resuena desde el fondo de la historia.

Si los héroes de la historia oficial son no-victoriosos, ¿en qué nivel deberíamos colocar a un gaucho que vence – más en el aspecto moral que militar – sin palabras y sin armas? Rodríguez nos acerca, en la búsqueda de la identidad gaucha, al nivel del mito. ¿Nuestra identidad nace de un mito? ¿Nuestra identidad es un mito? ¿Ese mito es una mentira?

Parecería que la historia señala que Benjamín Otálora, el “hombre del suburbio de Buenos Aires”, aquel “triste compadrito sin más virtud que la infatuación del coraje”, (BORGES, 1997, p. 12), creado por Jorge Luis Borges en el cuento “El muerto”, derrotado cuando creía ser un triunfador, se acerca más a la histórica identidad gaucha que el silencioso Rodríguez.

Si “El muerto” pinta con colores más *correctos* la identidad gaucha que “Rodríguez”, deberíamos observar algunos aspectos relacionados con los personajes centrales de estos cuentos que nos alejarán de los aspectos rurales y nos acercarán, con mucha fuerza, a aspectos urbanos, aunque en algunos casos disfrazados de camperos. Quizás en ese punto encontremos la primera base de la identidad gaucha: gente que se transformó –a veces a la fuerza, a veces porque se dejaron seducir por la ciudad – en urbana y que desde el siglo XIX regresa al campo – apenas – de paseo. Que ve al campo como a un país extranjero, como un lugar al que se regresa – casi – por necesidad. Quizás el sorprendente triunfo de Rodríguez tenga como base el ser del campo, no estar de visita.

Por lo inesperado, el caso de Rodríguez no es lo común en la historia, no es lo normal; así, no puede ser visto como un elemento constitutivo de la identidad. ¿Nuestra identidad gaucha, en el fondo, no es rural? ¿Nuestra identidad no tiene nada del “Rodríguez” de Francisco “Paco” Espínola?

Para continuar con nuestro razonamiento, no se puede olvidar que la construcción de la identidad no se genera en un individuo sino que emerge en las relaciones que este mantiene con los otros (BERGER y LUCKMAN, 1988, p. 240),

relaciones tales como: igualdad/diferencia. ¿Cuáles son, entonces, las marcas de identidad que igualan y cuáles diferencian a los habitantes de la región-comarca gaucha? ¿De qué manera estos dos personajes literarios, por sus marcas y características que los igualan o diferencian, servirían como encarnaciones de esta identidad? ¿De qué otra región o comarca estas características nos diferencian?

Los dos personajes señalados pasean por los campos de la pampa. En el caso de Otálora, sale del medio urbano por excelencia (Buenos Aires), recorre los suburbios de la segunda ciudad en importancia de la región-comarca (Montevideo), anda por el interior uruguayo y termina sus días en una perdida hacienda del interior de Río Grande do Sul. Este movimiento por la geografía de la región-comarca, reflejo y símbolo de un movimiento más íntimo, más personal y más profundo, sería otro elemento que acercaría al personaje a la encarnación de la identidad que estamos intentando descifrar en este artículo. Esa cercanía geográfica, más allá de fronteras – naturales o impuestas – marca e iguala a los individuos de la región y los separa, definitivamente, del resto de América.

Al mismo tiempo, esa falta de barreras geográficas definidas, tanto en el texto borgiano como en la realidad física – un río es poca agua para separar a dos hermanos, la tierra norte-uruguayo-sur-brasileña es una calle que transitan de los dos lados con la libertad de quien está en su casa – es un elemento que, sin lugar a dudas, marca la unidad de identidad de la región-comarca.

Paralelamente, el paisaje, el ritmo de vida, las costumbres, la mayoría de ellas rurales pero con reflejos en el comportamiento urbano de los personajes, marcan a Otálora de tal manera que su rutina, una vez que sale de Buenos Aires, será muy similar en cualquier otro rincón de la región. Estar en la perdida estancia conocida como “El suspiro” o en el patio del fondo de un caserón de la Ciudad Vieja en Montevideo, no será una diferencia sustancial para el comportamiento del personaje.

En el caso de “Rodríguez”, la acción acontece en un lugar indefinido, aunque claramente rural, denominado El Paso (ESPÍNOLA, 1993, p. 161). Por las casi nulas referencias específicas marcadas por el autor, el espacio podría ubicarse en la geografía de cualquiera de los tres distritos que conforman la región-comarca. No tiene contacto con la realidad urbana, aunque el enemigo que lo tienta parecería conocer, en algunos pasajes del texto, durante algunos instantes de su parloteo, el universo citadino, por más

que no consigue atraerlo al gaucho silencioso que apenas anda “a través de la gran claridad, la vista entre las orejas de su zaino, fija” (ESPÍNOLA, 1993, p. 161).

El aspecto geográfico y paisajístico marca, aproxima, iguala, por lo que caracteriza al individuo de la región-comarca de tal manera que podríamos señalarlo como parte estructurante de la identidad gaucha. Dicho de otra forma, no se podría pensar la región sin observar el campo como elemento central de la misma, por más que Otálora, como personaje literario, símbolo del habitante real, no consiga entenderlo en su plenitud.

Esta afirmación nos da pie para el segundo aspecto que deseamos estudiar. El personaje que anda por el campo puede tener su raíz en el mismo o estar “de prestado”. Rodríguez es, Otálora parece. El primero triunfa, el segundo es derrotado.

Los habitantes de la región-comarca se dividen, básicamente, en dos grandes grupos: urbano y rural. Hay representantes que son exclusivamente urbanos (los personajes de las obras de Julio Cortázar o de Mario Benedetti, por ejemplo) Otros, específicamente rurales (Rodríguez, por ejemplo). Pero la mayoría de quienes viven en la región-comarca gaucha se mueven – con más o menos conocimiento – en los dos universos (Otálora, por ejemplo). Sin embargo, aunque existe un intercambio entre los dos mundos, este movimiento de idas y venidas tiene características diferentes.

El habitante rural comienza a ir a la ciudad por motivos concretos, determinados: trabajo, enfermedad, estudio. En algunos momentos es una situación puntual en la existencia, generalmente por periodos muy breves, cortos, específicos. Sin embargo, también es cierto que quien recorre el camino de ida a la ciudad, buscando algo que el campo no le ofrece, no regresa nunca más. La migración hacia las grandes urbes lo demuestra claramente. Lo rural y sus manifestaciones exteriores (vestimenta, alimentación, por ejemplo), en muchos casos son dejados de lado para metamorfosearse con las expresiones ciudadanas, quedando – apenas – algunas expresiones culturales (la música, por ejemplo) como punto de contacto con aquella realidad pasada. El hombre rural abandona definitivamente el campo cuando va a la ciudad, más allá de espasmódicos raptos rurales.

Esta migración la sufrió toda la región-comarca gaucha; por su repetición histórica en los tres distritos (sub-regiones, como las nominamos anteriormente) la podemos observar como un nuevo aspecto de la identidad.

El movimiento contrario (de la ciudad al campo) también se da, pero de una manera mucho menos trascendente, menos profunda. El hombre de la ciudad va al campo, de paseo. Algunos se visten como el habitante rural durante algunas horas, para inmediatamente regresar a la realidad, a las costumbres y al estilo ciudadano cuando termina el breve encuentro con las tradiciones camperas. Otálora representa, en los textos literarios que estamos utilizando como base para estos conceptos, este grupo social. Sale de Buenos Aires por una muerte que le hizo creer que era valiente, llega a Montevideo buscando algún tipo de protección y por una casualidad del destino terminó vestido de gaucho en el patio del fondo de una casona en uno de los barrios de la ciudad capital de Uruguay que será el punto de partida para su estancia en el campo.

Él no es del campo. Es un porteño disfrazado de gaucho. Aparenta. Intenta engañar. En verdad, se engaña a sí mismo y es engañado; se miente y le mienten. El profundo desconocimiento de la realidad rural es el motivo por el que se estará cavando, casi en forma imperceptible para él mismo, su propia fosa:

Otálora comprende, antes de morir, que desde el principio lo han traicionado, que ha sido condenado a muerte, que le han permitido el amor, el mando y el triunfo, porque ya lo daban por muerto, porque para Bandeira ya estaba muerto. (BORGES, 1997, p. 14)

Como un trágico héroe griego, Otálora sufre su anagnórisis cuando no tiene tiempo de reacción. El destino lo tiene marcado, no puede escapar. Todo lo que fue creyendo por el paso del tiempo, en el momento del desenlace final, cuando todo será verdad o mentira, descubre su triste y miserable engaño.

No obstante, en las primeras páginas del cuento, Otálora entiende que ser peón de estancia es ser un siervo de poco valor, por eso quiere subir al nivel de contrabandista. Como tal, por más que cabalgará las llanuras uruguayo-brasileñas, su mente estará en el negocio que se realiza en la ciudad, su pensamiento continúa girando en las coordenadas urbanas. No consigue regresar a su hábitat citadino porque lo matan antes, por más que su plan incluye la administración del negocio desde Montevideo, como lo hacía Bandeira.

Como se ve, el hombre de las ciudades de la región-comarca puede visitar el campo, pero jamás llegará a formar parte de la realidad rural que lo rodea, nunca conocerá los secretos profundos del ambiente en el que, momentáneamente, se está moviendo.

En los tres mayores centros urbanos de la región-comarca (Buenos Aires, Montevideo, Porto Alegre) se puede observar, con una cantidad de espectáculos que se presentan en un orden inverso a la mención de la ciudad, gente y eventos que acercan el mundo rural. Unas horas, una fin de semana, un par de días. Un recital de música folklórica en algún punto de la ciudad, la semana criolla en la rural del Prado de Montevideo, la semana Farroupilha. Eventos que sirven para desempolvar – en cientos de casos – las pilchas que volverán a sus respectivas perchas esperando el paso de los meses para volver a pasear por el espacio híbrido que la ciudad le ofrecerá al campo dentro de un año.

Es interesante que este elemento de identidad que estamos analizando – la visita del hombre ciudadano, en un espacio de su propia realidad urbana, a las costumbres rurales – se repite en otras regiones del continente americano. Apenas para señalar un ejemplo, mencionamos el Festival de La marinera (baile típico peruano), que se realiza en la ciudad de Trujillo durante diez días del mes de enero de cada año. Bailarines de todo Perú llegan a la ciudad marcada para el encuentro para expresar su alma peruana a través de los movimientos del baile practicado en sus diferentes academias. Vestidos, sombreros y calzados que, una vez terminado el Festival, volverán a ser guardados hasta la próxima práctica o el próximo concurso. Se los viste con orgullo mientras dura el evento; el resto del tiempo se los esconde.

El campo como referencia folklórica que no forma parte del día a día, de la rutina, de lo cotidiano de los habitantes; aunque – vale la pena reconocerlo – está presente en el inconsciente colectivo urbano. Otra marca de la identidad gaucha.

El gran triunfo de Rodríguez se dará por no salir de su camino, por no moverse de su rumbo, por conocer el espacio, por estar en su medio. La luna que ilumina su marcha será su aliada para reconocer al otro, al tentador, al enemigo, para prepararse y no dejar que lo sorprenda nada ni nadie. La misma luna le será de poca ayuda a Otálora, que se pierde en sus propios pensamientos sin reconocer la verdadera realidad que lo rodea, sin ver a sus verdaderos enemigos, por dejarse tentar por sus propios pensamientos. El primero, legítimo hombre de campo. El segundo, hombre urbano disfrazado de hombre de campo. Los destinos – naturalmente – serán opuestos. Cara y cruz de la misma moneda de identidad que estamos observando.

Nuestra región-comarca está dominada, política, económica, culturalmente por la ciudad, aunque sea un pequeño montón de piedras en medio de la inmensa pampa.

Los pocos espacios construidos someten a los infinitos dominios verdes. Algunos críticos dirán que es la concretización del sueño europeo de la ciudad como ideal de orden, la imposición de la palabra escrita sobre el registro oral. Por ese aspecto lo urbano tendrá – a lo largo de la historia cultural de la región-comarca – un valor mayor que lo rural, tenido como salvaje, inculto y desorganizado, más allá de algunos cuadros (como el famoso Martín Fierro) que el hombre urbano idolatró y ensalzó por otros y diferentes motivos. Quizás basado en esa lógica, que marca lo urbano como con más valor que lo rural, Otálora cree que es superior a los gauchos uruguayos y brasileños que trabajan para Bandeira, y se lo querrá demostrar al que tiene el mando. Tal vez basado en esa línea de pensamiento (absolutamente inconsciente, por eso mismo marca irrefutable de la identidad del pueblo) cree que puede quedarse con el poder y los símbolos (apero, caballo y mujer) que le pertenece al jefe de los contrabandistas, por el simple hecho de ser de la ciudad, al tiempo que el resto es del campo.

Rodríguez, desde su íntimo y profundo espíritu rural, parte desde otros conceptos. Esa perspectiva diferente le permite sobreponerse a las tentaciones que el enemigo le presenta y le ofrece.

Quizás el aspecto que mejor demuestre esta diferencia entre la perspectiva citadina y la rural se vea en el uso del habla durante el cuento. Mientras el gaucho casi no habla, Borges ocupará gran parte del relato mostrando el pensamiento (bastante necio, por cierto) del compadrito porteño travestido de gaucho y las negociaciones que él va creyendo cerrar con los diferentes personajes, por más que en el texto no escuchamos su voz. Borges nos contará que “logra, en jornadas de peligro común, la amistad de Suárez. Le confía su plan; Suárez le promete su ayuda” (BORGES, 1993, p. 13) Es todo mentira. Será este mismo Suárez quien le dispare en el último acto de la narración.

El silencio casi absoluto de uno se mezcla con la inclinación – tan española e italiana – del otro, de hablar todo el tiempo y hablar de más. Así nos enfrentamos con una nueva marca de identidad de la región-comarca, en este caso doble y opuesta: el silencio taciturno de los gauchos y el parloteo casi interminable de los compadritos de la ciudad y de los descendientes directos de los europeos que poblaron el territorio.

En el conjunto de rasgos propios del individuo o de la colectividad gaucha, que los caracterizan frente a los demás, encontramos – a través de los comentarios de los textos analizados de Jorge Luis Borges y de Francisco “Paco” Espínola – una

profunda y gigantesca mezcla de elementos que se combinan de maneras insospechadas en la formación del alma del ser que habita esta tierra del sur del mundo.

Referencias

AGUIAR, Flávio; VASCONCELOS, Sandra Guardini T. (Orgs.) *Ángel Rama: Literatura e cultura na América Latina*. Traducción de Rachel La Corte dos Santos y Elza Gasparotto. Edusp: San Pablo, 2001.

BERGER, P. L. y LUCKMAN, T. *La construcción social de la realidad*. Amorrortu: Buenos Aires, 1988.

BORGES, Jorge Luis. *El muerto* en "El Aleph". Alianza Editorial: Buenos Aires, 1997.

ESPÍNOLA, Francisco. *Cuentos completos*. ARCA: Montevideo, 1993.

OLIVEN, Rubén George. *Nación y modernidad: la reinención de la identidad gaucha en el Brasil*. EUDEBA: Buenos Aires, 1999.

RAMA, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. Ediciones El andariego: Buenos Aires, 2007